

VAL E. LANE



MAREAS
TORMENTOSAS

SIREN  BOOKS

VAL E. LANE

MAREAS TORMENTOSAS

Traducción de Livia Espinosa Doncel

SIREN  BOOKS

Primera edición: octubre 2023

© de la obra: Val E. Lane, 2022

© de la traducción: Livia Espinosa Doncel, 2023

© diseño de cubierta: Stefanie Saw/Seventh Star Art, 2022

© de las ilustraciones interiores: Rochak Shuklaa/Freepik

© de la corrección: Patricia Sevillano Mateo

© de la presente edición: Editorial Siren Books, S.L., 2023

info@sirenbooks.es

<https://sirenbooks.es/>

ISBN: 978-84-127237-3-1

Depósito legal: M-28742-2023

IBIC: YFHR

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917021970/932720447).

Aviso de contenido:
Alcoholismo y violencia

«El corazón del hombre se parece mucho al mar, tiene sus tormentas, tiene sus mareas y en sus profundidades también tiene sus perlas».

VINCENT VAN GOGH, *Las cartas de Vincent van Gogh*



PRÓLOGO

Cuando lo conocí, me esperaba el peligro. Al fin y al cabo, se suponía que debería haber muerto hacía siglos. Pero ni en las pesadillas que me atormentaban me habría imaginado que me haría esto.

Presionó la fría hoja del alfanje contra mi garganta mientras el capitán miraba desde la cubierta. Mis lágrimas saladas resbalaron en silencio, mezclándose con la agitada agua del mar.

—No lo hagas —susurré, lo suficientemente bajo como para que el resto de la tripulación no pudiera oírme.

—Tengo que hacerlo —dijo entre dientes.

Podía sentir la hoja de acero moverse contra mi piel por el temblor de su mano.

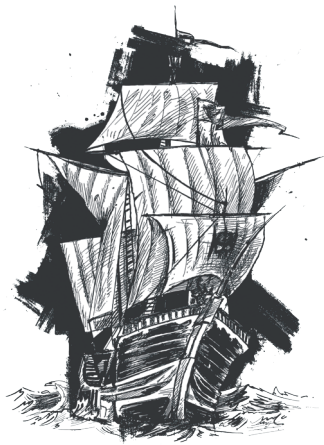
¿De verdad era capaz de hacerlo? ¿Era capaz de matarme después de todo lo que había perdido? Sabía que se estaba dejando llevar por el dolor, pero seguía confiando en él. Éramos dos corazones rotos, destinados a un final trágico, y yo a estas alturas ya había aceptado el mío. Este sería mi último semestre. Estaba lista. Pero para él ni siquiera trescientos años eran suficientes. No me iba a dejar salvarlo.

Aflojó su agarre lo suficiente como para dejarme mover la cabeza. La giré y lo miré a los ojos una última vez. Recé para que mi mirada desesperada bastara para hacerle cambiar de parecer. Parpadeó entre lágrimas y tragó. Por un segundo pensé que iba a cambiar de opinión. Y lo hizo. Apretó de nuevo con fuerza y bajó el filo de la espada a mi pecho, justo sobre el corazón.

Mis pesadillas eran reales. Siempre había sabido que el mar sería mi perdición. Pero pensé que sería diferente. Pensé que me ahogaría bajo las olas, no que me asesinarían brutalmente unos piratas. Pero ahí estaba, traicionada, con una espada sobre el pecho mientras las olas golpeaban el casco del barco, anunciando la tempestad que se avecinaba.

Una frase inquietante resonaba una y otra vez en mi cabeza, más alto que el sonido de la tormenta. Era una advertencia familiar a la que sabía que debería haber hecho caso desde el principio...

Nunca confíes en un pirata.



DESPLEGANDO VELAS

Mamá, ¿has tenido otra pesadilla?

Me resultaba imposible contemplar aquel cuadro sin oír el eco de mi propia voz infantil. Y ahí, en ese momento, al entrar en la habitación, no pude evitar que mis ojos se posaran sobre la pared donde colgaba. Recuerdo muy bien la habitación en penumbra, coloreada con tonos grises y oscuros, y la puerta entreabierta lo justo para dejar entrar un rayo de luz dorada desde el pasillo. La mujer de pelo oscuro estaba sentada en su cama, envuelta en tonos morados y azules, su sombra proyectada en la pared. El centro de atención estaba en la puerta, donde una niña pequeña en pijama se abrazaba a su oso de peluche.

Era fácil pensar que aquella pintura representaba a una niña que iba a la habitación de su madre para que la consolara de una pesadilla. Pero pocos habrían adivinado que, en realidad, era al revés. Con el tiempo, entendí por qué mamá tenía que emborracharse para dormir. Pero la comprensión no implicaba necesariamente el perdón.

Mi mirada se detuvo en aquel momento del pasado que capturé con mi pincel tantos meses atrás. Lo llamé *Pesadillas*. Desde su lugar en la

pared, la acuarela aportaba un remanso de colores pastel a mi aburrida habitación de la Escuela de Arte Isabel en Constantine, Florida, a muchos kilómetros de casa. Pese a las desafortunadas circunstancias que me inspiraron, estaba orgullosa de aquel ridículo cuadro en la pared. Recordé cada una de las horas que pasé extendiendo minuciosamente las acuarelas en el lienzo y el orgullo de firmar por fin en la esquina de la obra terminada: Katrina Delmar.

Sin embargo, cuando me recordaba que mi madre no había estado en casa, como hacía tres días, en mi decimonoveno cumpleaños, quería arrancarlo de la pared y esconderlo.

Me quedé ahí de pie, rememorando un pasado que intentaba enterrar, hasta que decidí que ya no quería seguir recordándolo. Tras contemplar el lienzo una última vez, lo arranqué de la pared y lo guardé bajo el somier con una mezcla amarga de emociones.

Feliz Halloween para mí.

Con el cuadro fuera de mi vista, me animé y volví a centrarme en el objeto que había venido a buscar. Me acerqué a la cómoda, donde seguía en la misma caja en la que había llegado por correo tres días antes. Un collar. Con movimientos lentos, lo cogí por la delicada cadena y me dirigí hacia la habitación de McKenzie, donde nos estábamos preparando para la fiesta de esa noche.

Intentamos hacerme algún peinado, pero sabía que mis ondas rebeldes reaparecerían hiciera lo que hiciera. Así se manifestaba mi lado cubano, en rizos sueltos y tirabuzones de un moreno oscuro casi negro, que enmarcaban mi cara en forma de corazón. Mis expresivas cejas eran igual de oscuras, pero mis labios carnosos las equilibraban. Mi piel aceitunada estaba algo más morena que cuando llegué. De alguna forma, había evitado quemarme a pesar del intenso sol. En general, y para mi desgracia, me parecía mucho a mi madre. Siempre había pensado que ella era guapa, pero todo lo demás me impedía verlo.

McKenzie había elegido un disfraz de animadora sexi y debo reconocer que le pegaba. Llevaba la melena pelirroja semirrecogida con un

gran lazo azul marino, los labios de color granate y una minifalda que realzaba su esbelta figura. Por el contrario, yo sentía que mis ojos oscuros y mi pelo desentonaban con el vestido blanco como la nieve y las alas atadas a mi pequeño cuerpo. McKenzie me había dejado su disfraz de ángel del año anterior. Solo esperaba no ir demasiado ridícula.

—No te olvides del halo. —McKenzie me dio el halo, que iba unido a una cinta de pelo, y me lo coloqué en la cabeza a regañadientes.

Me sentía un poco desnuda con ese vestido de tubo satinado que apenas me llegaba a la mitad de los muslos. No era exactamente el disfraz que yo habría escogido para Halloween, pero no estaba en situación de ponerme exigente. Hasta que vendiera más cuadros en la tienda de antigüedades del centro, estaba a merced de la suerte, la generosidad de McKenzie y mi cuenta de ahorros, que menguaba rápidamente. Pero había una forma en la que podía dar mi toque personal al disfraz.

—¡Qué buena idea! ¡Queda superbonito con el disfraz! —Los ojos de McKenzie se iluminaron cuando volví con el collar. Me aseguré de abrocharlo correctamente alrededor del cuello mientras asentía levemente.

—Tienes razón —afirmé, mirándome al espejo.

Pero ese no era el motivo por el que me lo había puesto. Además de ser la única cosa que podía añadir que era verdaderamente mía, esperaba que me ayudara a mantener la cordura. Mi propio amuleto, un regalo de papá.

Se me hizo un nudo en el estómago al pensar en él. Le prometí que me mantendría alejada del alcohol, pero hacía dos semanas me había emborrachado. Y mucho. Puede que lo entendiera. O puede que pensara que estaba destinada a seguir los pasos de mi madre. Y ahora me iba a *otra* fiesta.

—Sigo sin saber cómo mi padre pudo enviarme algo así por mi cumpleaños —dije, observando el colgante que se ajustaba perfectamente entre mis clavículas—. Normalmente me regala algo como material de pintura o algún accesorio raro para el coche. Ya sabes, regalos cutres de padre.

El colgante captó la luz cuando me moví, y su fina cadena de plata brilló como el destello azul y blanco del sol sobre la bahía. Sujeto por un delicado enganche de plata enrollada, tenía una forma casi ovalada pero no del todo simétrica, y era casi plano, parecido a una concha. Pero no era una concha, ni una joya, ni una piedra. Era diferente a todo lo que había visto antes, y tenía un aspecto natural, a pesar de su belleza etérea. Brillaba como el cristal a través de un fino esmalte nacarado, y resplandecía con una gama de colores que iban desde un azul glacial hasta toques de verde y plateado. No pude evitar la extraña sensación de *déjà vu* que me produjo mirarme con él puesto en el espejo, como si, de alguna manera, ya lo hubiera visto.

McKenzie me dio un codazo.

—La próxima vez avísale cuando sea *mi* cumpleaños. ¡Es precioso!
—La energía de McKenzie parecía capaz de propulsar un cohete. Agradecí la amplitud de los dormitorios del ala este de la EIA, con habitaciones pequeñas a cada lado y una minúscula cocina compartida en medio.

—¿De dónde lo habrá sacado? —me esforcé en decir, todavía cautivada por el collar.

—Ni idea, pero ¡qué más da! ¡Es increíble! —McKenzie sonrió ampliamente—. Vamos a hacernos una foto ahora que tenemos el pelo y el maquillaje bien. Cuando estemos en el yate se nos estropeará con la brisa del mar.

—¿Yate? —repetí sorprendida, alzando la voz—. Dijiste que la fiesta era en la playa.

Sin responder, mi compañera pelirroja se puso de pie y desapareció un momento, antes de volver con su preciada Polaroid. Llevaba ese armatoste a todas partes y aprovechaba cada oportunidad que tenía para hacer una foto y añadirla a la colección que tenía colgada con pinzas de un hilo de luces encima de su cabecero.

—Bueno, *es* en la playa —dijo, observando mi expresión tensa—. Solo que un poco más adentro.

—¿Qué se supone que significa eso? —Me crucé de brazos. Estaba enfadada por haber dejado que me convenciera para ir a otra fiesta.

—Los padres de Ty le dejan usar el yate para su fiesta de Halloween. Sé que no te gusta el mar, pero técnicamente ni siquiera tocaremos el agua. Hace demasiado frío. —La expresión de McKenzie regresó inmediatamente a su alegre estado natural al hablar de Florida en octubre a 27 °C.

—Es incluso peor —solté, intentando reírme mientras gruñía para suavizar el sarcasmo al recordar la pesadilla de la noche anterior—. Estaré sobre él, rodeada de él.

—Por favor, no te rajes. Poorfa. Esta es la última fiesta a la que te arrastro. Te lo prometo.

Sabía que no era verdad. Y ella también lo sabía. McKenzie tenía un corazón de oro, pero se dejaba llevar por sus emociones.

—Eso dijiste la última vez —le recordé, bajando el mentón.

Resistí el impulso de poner los ojos en blanco y un escalofrío me recorrió los hombros. A veces, el entusiasmo de mi compañera de piso por intentar ayudarme a aprovechar al máximo mi estancia en la EAI era contraproducente. Como cuando en la última fiesta salí dando tumbos por la puerta después de beber demasiado.

—Lo sé, lo sé —salí de sus labios color rubí—, pero esta noche será diferente. Es una fiesta de disfraces, no una fiesta en una habitación un viernes por la noche. Esto es una fiesta de verdad.

La observé en silencio, pensativa.

Bajé la mirada antes de hablar.

—No es que no me gusten las fiestas, pero... —Cerré los ojos y respiré profundamente—. No quiero acabar como mi madre. Ella empezó a beber y nunca paró. Yo ni siquiera quiero empezar, pero en estas fiestas a veces me siento como un pez fuera del agua.

—Vaya. —McKenzie dejó su pintalabios—. Vale, si de verdad crees que no deberías ir, no tienes por qué hacerlo.

Algo en sus palabras activó un mecanismo de defensa en mí.

¿De verdad no era capaz de controlarme? ¿Acaso estaba ya tan mal como mamá? Si fracasaba, no sería la primera vez. Pero si no lo hacía, era mi oportunidad para demostrarme que podía cambiar las cosas. Podía ser más fuerte que mamá.

Por alguna razón, apreté el collar que llevaba al cuello, como si representara alguna motivación interna de mi padre.

—No pasa nada —dije, más para mí que para ella—. Iré.

—¡Bieeen! —McKenzie aplaudió tan rápido como un colibrí batiendo sus alas—. ¡Te debo un *chai latte* con canela de Sea Dogs! ¡No te vas a arrepentir, ya lo verás!

Ya lo veremos.

Sacudí la cabeza. Seguía sin tener muy claro lo de ir a la fiesta. Esperaba que al menos me inspirara para la exposición de arte del mes siguiente. El lienzo en blanco sobre la mesa de mi habitación era un recordatorio de que me había estancado. Últimamente la inspiración me esquivaba. Desde que las pesadillas habían vuelto, no encontraba la forma de concentrarme en mi trabajo. Me estaba costando encontrarle el sentido. Y no sabía si podría volver a pintar algo con el mismo impacto que el cuadro que me trajo hasta aquí.

—Vámonos. —Apreté los dientes, decidida a no repetir los errores de la última fiesta. Aquella noche supe que no quería volver a emborracharme. Era la peor sensación que había experimentado. Pero también, lo bueno de aquella noche, y lo que más me asustaba, era que había sido la primera vez en semanas, desde que me había mudado a aquel pueblo costero, que había dormido del tirón, sin pesadillas en las que me ahogaba.



COMO BARCOS EN LA NOCHE

Era hora de ponerse en marcha. Había tomado una decisión. Nos metimos en el Miata amarillo de McKenzie mientras retiraba la capota y nos dirigimos hacia el puerto, a unas pocas manzanas del campus. Pasamos por la zona exterior, donde se impartían la mayoría de mis clases de arte, frente a la residencia de la bahía de Matanzas. El recorrido a través del campus era espectacular, entre altísimos tejados de estilo español y elegantes estatuas coloniales colocadas en los caminos empedrados. Cuidadas palmeras se alineaban a lo largo de las aceras que serpenteaban por el terreno, meciéndose con la brisa de la bahía. Había algunos edificios antiguos que recordaban la época dorada de los descubrimientos, y otros nuevos que se habían construido con el mismo estilo. Era difícil negar que aquellos viejos edificios en forma de castillo tenían un aire romántico, sobre todo cuando su color dorado se iluminaba con el sol del crepúsculo.

Mientras íbamos en el coche contemplé la bahía, que se extendía a lo largo del límite entre Constantine y su ciudad vecina, San Agustín, separando ambas poblaciones de las playas del Atlántico. Mis ojos, que

ven el mundo como si fuera una acuarela, no se resistieron a admirar el índigo de las aguas profundas y la luz blanca y cristalina del sol bailando sobre el mar, mientras los barcos fondeados cabeceaban. Las gaviotas se posaban en el muro de piedra que bordeaba la bahía, burlándose de mí con sus graznidos antes de alzar el vuelo para regresar a lo alto del puente. Más allá del puente estaba el inmenso océano que había evitado a toda costa desde que llegué. ¿Cómo no iba a hacerlo? Después de sueños como el de la noche anterior era difícil no tener miedo al océano, y resultaba descorazonador, porque me atraía su belleza.

Cuando entramos en el muelle, levanté la vista hacia un letrero que decía Gull Marina, escrito con letras rosas, antaño rojas y ahora descoloridas por el sol de Florida. Allí nos encontramos con el «amigo» de McKenzie, Ty, dando la bienvenida a sus amigos a su lujoso yate familiar. Mi pulso se aceleró a medida que nos acercábamos al agua. Era casi como si estuviera bajo el mar, luchando por respirar mientras me esforzaba por dar pasos vacilantes hacia el barco. Cometí el error de mirar abajo, a las aguas turbulentas. Se me hizo un nudo en el estómago y sentí ganas de vomitar, aunque hice todo lo posible por evitarlo. Cuando embarqué, respiré profundamente, pero sentí como si respirara a través de un tubo. Avancé con pasos temblorosos, con cuidado para no caerme al pisar la rampa de embarque que conducía a la plataforma abierta de popa.

Me alegré de llevar las deportivas en vez de los tacones blancos que McKenzie había insistido en que me pusiera. Me costaba asimilar que estuviéramos a 28 °C a día 31 de octubre. En esta época del año en Arkansas, ya necesitabas llevar jersey.

El yate de Ty era impresionante. Incluso siendo uno de los más compactos, en la cubierta al aire libre de popa cabían dos mesas grandes. Había una escalera lateral que conectaba la proa con otra cubierta en lo más alto. La cabina tenía un salón donde estaban sentadas alrededor de una docena de caras desconocidas, bebida en mano, riéndose y comentando los disfraces de los demás. La música retumbaba con la primera

canción de la noche, *Thriller* de Michael Jackson, un clásico en toda fiesta de Halloween.

De alguna forma, McKenzie conseguía que la invitaran a muchas reuniones como aquella. Conocía a todo el mundo, y todo el mundo la conocía a ella. Yo, por el contrario, me sentía como un pez fuera del agua. La mayoría de los que estaban en la fiesta parecían universitarios, aunque no creo que hubiera más de veinticinco o treinta personas. En Isabel había conocido a algunos, pero hasta ahora habíamos recorrido todo el barco sin toparnos con caras conocidas.

A las siete y media en punto, el barco dejó el puerto, con los últimos destellos anaranjados difuminándose en el horizonte azul. Cuando el aire salado se intensificó a medida que nos adentrábamos en el mar, los nervios afloraron en mi pecho. Sentía el latido acelerado de mi corazón mientras el barco cabeceaba, ganando velocidad. Intenté no pensar en que lo único que nos rodeaba era el vasto océano, sin ningún sitio al que ir excepto hacia abajo.

¿Qué esperabas, Katrina? Solo son sueños. Aguanta.

Sin embargo, por mucho que me diese ánimos, no conseguía ahuyentar la pesadilla de la noche anterior, que se mostraba con claridad y mantenía cautivos mis pensamientos. Al contemplar el agua negra, todo volvió a cobrar vida en mi cabeza...

Una ola descomunal se cernía sobre mí, absorbiéndome como si no fuera más que un trozo de alga sin vida. El agua me golpeó el pecho como una roca aplastante. Todo era un borrón azul, con burbujas arremolinándose frenéticamente a mi alrededor. Intenté salir a la superficie pateando desesperadamente, pero la corriente me lo impedía. La superficie, que brillaba sobre mí como burlándose, seguía fuera de mi alcance. El sonido de mis latidos acelerados me retumbaba en la cabeza. Parecía que los pulmones me iban a estallar, pero sabía que, si intentaba respirar, sería la última vez que lo hiciera. Sin embargo, era inútil. Ya no podía resistir la ardiente exigencia de aire que sentía mi cuerpo. La necesidad de inspirar era un fuego arrasador que me consumía por dentro y que, por fin, había ganado. Abrí la boca en busca de

un aire que no había, y me preparé para sentir el ardor del agua salada que iba a llenar mis pulmones...

—No te preocupes, no pasa nada. —McKenzie debió de notar que me aferraba con fuerza a la barandilla del barco, donde nos habíamos sentado a contemplar el agua que se deslizaba por el costado de la nave.

—Lo sé, estoy bien —afirmé, pero mi voz temblorosa me delató.

No esperaba reaccionar así, pero la pesadilla había resucitado viejos miedos que no recordaba tan fuertes. Odiaba aquella pesadilla. La había tenido varias veces desde que me mudé a Florida, pero se había convertido en algo casi diario durante las últimas semanas.

—Ty lleva navegando desde los cinco años —intentó tranquilizarme—. ¡Lo tiene bajo control! No te preocupes. —Me dio una palmadita en la espalda mientras batía las pestañas.

Asentí sin estar convencida. Intentaba pasármelo bien, pero nada de esto era de mi estilo: el disfraz revelador, la bebida, la gente... Era una chica de un pueblecito de Arkansas que de repente intentaba encajar con la élite de los estudiantes de arte cuya paga probablemente superaba los ingresos anuales de mi padre. Había intentado centrarme en la razón por la que estaba allí: la beca completa y la oportunidad de centrarme en mi arte y dejar atrás el pasado. Sin embargo, de alguna forma siempre acababa en aquellas fiestas sin sentido.

Poco después, McKenzie reconoció a otra persona al otro lado del barco y le hizo señas con los pompones, levantándose de sopetón para ir a su encuentro.

Intenté concentrarme en la belleza del agua en vez de en mi miedo a ella. Al mirar las aguas oscuras que corrían bajo el barco, su imparable naturaleza me cautivó. Los neones azules y dorados del yate bailaban sobre las olas a medida que avanzaba suavemente. Por alguna razón inexplicable, empecé a sentir menos miedo.

—¿Quién está listo para jugar a morder la manzana? —Ty se levantó de la silla junto al timón vestido de gladiador, alzando las manos como si fuera una especie de César romano reclamando vítores de sus súbditos.

No pude evitar poner los ojos en blanco. Me parecía un juego horrible para un barco en medio del mar.

Todo el mundo gritó y aplaudió. McKenzie volvió y se sentó a mi lado cuando todos se pusieron a jugar. Sabía que ella quería participar, pero se había quedado por mí. La culpa me golpeó como la brisa marina que trepaba por la borda.

Aunque en Ozark, Arkansas, no había nada para mí yapestaba a amistades marchitas, cotilleos de pueblo y recuerdos dolorosos, en aquel extraño momento lo eché de menos. Echaba de menos los octubres fríos, las hojas anaranjadas y rojizas que salpicaban las montañas a medida que avanzaba el otoño y la tarta de chocolate que papá compraba todos los años por mi cumpleaños.

Mientras los participantes seguían metiendo la cabeza en un cubo de agua que se derramaba con el movimiento del barco, Ty se puso de pie para hacer otro anuncio.

—¡Vale, gente, la isla está a unos minutos, deberíamos llegar enseguida!

Miré con pánico a McKenzie.

—¿De qué está hablando? ¿Qué isla?

McKenzie se mordió el labio inferior y entornó los ojos para reconocer que había cometido un error.

—¡McKenzie! ¿Qué está pasando? —Mi voz se rompió.

—Puede que olvidara de mencionar que parte de la fiesta de Halloween es ir a la isla y hacer una hoguera durante unas horas para cazar fantasmas.

Inspiré profundamente para mantener la calma.

—Perdona, ¿qué?

La cara de McKenzie se volvió algo más seria, pero noté que seguía sin entender la gravedad del miedo que acababa de despertar en mí.

—Aquí en Constantine, hay una pequeña isla alejada de la costa sobre la que hay un montón de historias de fantasmas espeluznantes y cosas así. ¿Lo sabías?

—No, para nada. —Negué con la cabeza, instándola a continuar mientras me mordía el labio con angustia.

—Ty había pensado que estaría guay comprobarlo y pasar parte de la noche allí. Ya sabes, hacer una hoguera y eso. Y puede que veamos un fantasma. O sea, ¡es Halloween!

—McKenzie... —me quejé enfadada, pero no sabía cómo seguir la frase después de mencionar su nombre.

—¡No te preocupes! —Sus ojos se iluminaron, como si acabara de descubrir la solución a un puzle—. Estoy segura de que nadie ha visto fantasmas allí de verdad ni nada por el estilo. Son solo cuentos. Por ejemplo, como el de una chica que murió allí misteriosamente en los ochenta o algo así. ¡Va a ir bien, te lo prometo!

—¿Y se supone que eso debe hacerme sentir mejor? —dije.

Bajó la mirada, entreabrió los labios y vi compasión en sus ojos.

—Seguro que te puedes quedar en el barco si prefieres no venir con nosotros.

Hablaba en serio, pero la forma en que lo dijo me molestó. Por la copa casi vacía que tenía en la mano, me di cuenta de que ya iba un poco bebida. Me arrepentí de haber ido, respiré hondo y acepté que la única forma de pasar la noche era arreglármelas como pudiera.

Una silueta oscura saludó desde la banda opuesta del barco y la atención de McKenzie se desvió. Me dijo que volvería en un minuto y se levantó para correr hacia otro grupito de personas.

Me quedé donde estaba, en el borde del yate, y volví la vista atrás para contemplar el horizonte oscuro, pensando en lo que nos esperaba en la isla. Me parecía una idea terrible, pero qué iba a saber yo. Nunca había estado en un barco. No había crecido rodeada de océano y de todos sus misterios. Tal vez fuera perfectamente seguro, tuve que decirme a mí misma para mantener el miedo a raya.

Mientras miraba hacia el mar, divisé una sombra amenazadora a lo lejos. Cuanto más me esforzaba por verla, más distinguía la gran silueta de otro barco flotando en el horizonte. Me giré para observar la cubierta del yate y me pregunté si alguien más lo habría visto, pero todo el mundo parecía demasiado bebido o inmerso en sus conversaciones como para haberse dado cuenta. Cuando volví a mirar, la

silueta había desaparecido, de modo que supuse que había sido mi imaginación o tal vez un efecto de la luz. Aquella noche la presencia de la luna era mínima, y todo estaba más oscuro de lo habitual. Me convencí a mí misma de que el cielo de obsidiana y la negrura del agua hacían demasiado fácil ver cosas inexistentes.